

de pluma del P. Sahagun decir que fué el 22 de Julio. Cuando sobre esto hubiera alguna duda, no podriamos resolverla por la relacion de Cortés á Cárlos V. en su primera Carta, pues solo poseemos la segunda, que copiando las que dió á luz el Sr. Lorenzana, acaba de reimprimirse en Nueva-York en 1828, sin las estampas de los tributos que se pagaban á Moctheuzoma, y seria necesario recurrir al tomo 3 de la Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XVI, obra del Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, en que (se dice) haberse insertado las Cartas inéditas de Cortés.

Equivocóse igualmente el P. Sahagun en el periodo de paz que hubo entre los españoles y mexicanos. La guerra se tiene por declarada entre las naciones desde que una es agresora de la otra sin causa, ejecutando actos de hostilidad, ya en los bienes de sus súbditos, ya en la persona de su monarca. Se ha visto que apenas se hospedaron los españoles en el palacio de México, cuando quitaron luego la libertad al emperador Moctheuzoma, haciéndolo morar con ellos mal de su grado; de consiguiente la guerra debe tenerse por declarada desde el dia 8 de Noviembre de 1519; tal es mi opinion, y será la de todo hombre que reconozca en Moctheuzoma la persona de un monarca legitimamente constituido, y tanto mas, cuanto que su eleccion se hizo por un cuerpo ó colegio electoral con arreglo á la constitucion de su estado. Desengañémonos: lobos y corderos jamas pudieron estar juntos. Ricos y ladrones no pueden vivir en paz.

## CAPITULO XXIX.

De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos despues que vinieron de la guerra que con los españoles habian tenido cerca de Otumba.

DESPUES de recogido el campo, los españoles prosiguieron el camino hasta Tlaxcala: en todo él no tuvieron controversia ninguna con nadie, seguros llegaron hasta Tlaxcala, y los mexicanos volviéronse á su ciudad y á sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habian despedido para irse á sus tierras (pues que habian perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarian mas volver segun iban destrozados, y heridos, y fatigados) y así hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenia hacer, conforme á los negocios que se ofrecian. Lo primero fué que eligieron por su señor á un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama *Cuztlavatzi* (\*), y los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí tambien elegidos. Despues destos, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica (como ellos siempre lo solian hacer) que lo primero que convenia hacer, era hacer gracias, y ofrendas, y servicios á sus dioses por tan grandes beneficios como dellos habian recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenia hacer, y así luego todos se dispusieron á hacer grandes fiestas á sus dioses, y á remendar, y limpiar todos sus templos, y á adornarlos ricamente con todos sus ornamentos, y á hacer sacrificios y ofrendas en sus presencias, y á loarlos con nuevos cantares. Entretanto que esto hicieron los mexicanos, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposando curando sus heridas, y llorando sus pérdidas y deshonoras. Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas, y todas puestas de luto

(\*) ó Cuztláoztzin, pues varia este nombre el autor.

y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian con los españoles, y quedaban allá todos muertos: no es menos (cierto) sino que deste llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes. En este medio los tlaxcaltecas se juntaron para ver que hacian, pues los españoles habian perdido la empresa que habian tomado, y la mayor parte de la gente tlaxcalteca que con ellos habian ido, habia sido muerta y despojada. Comenzaron á hablar en este negocio todos los principales y señores con profundo acuerdo: despues que todos hubieron hablado, los pareceres salieron discordes; unos decian que los matasen, pues que fácilmente lo podian hacer (segun ellos estaban tan caidos). Otros dijeron, que no era bien hacer tal crueldad y alevosía con gente tan necesitada, y con quien habian hecho tan solemne amistad; deste parecer fué un Xicotencatl que era la principal cabecera de Tlaxcala; pero otro muy principal, que era de la segunda cabecera, contradijo este parecer, y respondióle el Xicotencatl con palabras pesadas, poniendo en él las manos le echó de los estrados abajo: luego otros se levantaron, hicieron paz entre ellos, y concluyeron que los recibiesen y acariciasen como amigos y hermanos. En este tiempo la pestilencia de las viruelas se enseñoreó fuertemente de los mexicanos, donde murió el señor dellos. A la sazón desembarcó un capitán español, llamado Francisco Hernandez, y se fué luego á Tlaxcala con toda su gente y municion de artilleria, y cópia de caballos, de lo cual todos los españoles que estaban affigidos recibieron gran consolacion y esfuerzo, y todos se animaron, y juntaron, y determinaron de volver contra sus enemigos los mexicanos, y luego platicaron con los tlaxcaltecas lo que habian determinado, y que convenia en todo caso hacer unos bergantines, los cuales llevasen acuestas hasta ponerlos en Texcuco á lengua del agua en madera.

## NOTA DEL EDITOR.

*La victoria de Cortés sobre los mexicanos en Otumba no puso su ánimo en tranquilidad, porque nuevas inquietudes acudieron á turbarlo. Habian dado los tlaxcaltecas pruebas de una amistad sincera, pero eran bárbaros, gente con quien no podia tenerse confianza; él venia derrotado, habia perdido el prestigio de inmortal (si acaso lo consideraron tal algunos de aquellos pueblos) y el hombre en el infortunio no cuenta con amigos; la amistad de los mexicanos era indispensable á los tlaxcaltecas, porque la sal, el algodón, y otros artículos indispensables de la vida, solo los mexicanos podian proporcionárselos; por tales motivos dudaba Cortés como seria recibido en aquella república, y la experiencia justificó en parte sus temores. Por tanto, redobló su vigilancia desde entonces, y fué el primer soldado de su ejército, partiendo con todas las fatigas de la campaña. Pasó por la famosa fuente llamada Tlatcapan donde refrescaron sus soldados harto fatigados, y que estaba en los lindes de México y Tlaxcala: pasó despues á Hueyotlipan donde fué bien recibido de los tlaxcaltecas, y descansó tres dias. En este pueblo fué recibido por los senadores y principales de la república con un grueso de tropas que venia á su socorro; presentóse á Mexiscatzin vestido de luto por la muerte de su hija Doña Elvira que pereció á la salida de México; esta politica, y el haber regaládole el pendon ganado en Otumba, y algunas de las alhajas ó despojos á varios particulares, sin duda afirmaron su afecto. A su llegada á Tlaxcala se representó una escena no menos dolorosa que interesante por las mugeres de los soldados de aquella nación que perecieron en México, y con muchas lágrimas le pidieron vengase sus vidas; así lo prometió hacer en sazón oportuna. En estos dias se dejaron ver en Tlax-*

cala ciertos embajadores de México con varios regalos de parte del nuevo rey Cuítlahuatzin, que venian á reconciliarse con la república, y con la pretension de apartarla de la amistad con los españoles, ecshortando á su gobierno á que acabase con aquel resto miserable de hombres para consolidar la paz y seguridad de todo este continente. La pretension era justísima, y estaban en favor de ella los intereses de ambos estados; el punto se discutió con bastante reflexión; discordaron los votos; pero Maxiscatzin, que era el príncipe del senado, y tenia el mayor ascendiente sobre aquella corporacion, logró que se respondiese al fin por la negativa, habiéndose suscitado una especie de tumulto ó conmocion en el pueblo, que obligó á salirse secretamente á los enviados para salvar su vida. El jóven Xicotencatl apoyó la pretension de los mexicanos, y del calor de la disputa resultó, que Maxiscatzin osase ponerle las manos y arrojarlo por las gradas del tribunal abajo. Sus compañeros pusieron paz entre ambos, el negocio se trató en secreto, pero no tanto que lo ignorase Cortés y diese gracias á Maxiscatzin; algunos dicen que el senado mandó prender á Xicotencatl, y que Cortés interpuso sus respetos para que se le diese libertad, como lo consiguió. Esta medida fué meramente política, pues Cortés siempre fué su enemigo, y despues marchando de Tlaxcala para poner el sitio de México, por cierta querrela de poca monta, ó pretesto miserable, lo hizo ahorcar. ¡Qué presto arroja la hipocresia su máscara! Tlaxcala selló con sus propias manos su esclavitud, desconoció sus intereses, cambiólos por una vergonzosa venganza: sus hijos, ó dígase mejor, los tristes restos que han quedado de aquella generacion, al ver su corto número, su dispersion, las tristes ruinas de aquella hermosa ciudad reducida hoy á nulidad, y sobre todo, el odio con que son notados de los demas pueblos de este continente, deben maldecir la memoria de sus mayores. ¡Plega al cielo que jamás pierdan de vista este triste ejemplo los que hoy destrozan

las entrañas de nuestra patria, dividiéndola en facciones y partidos!

Durante la estancia de Cortés en Tlaxcala, murieron ocho españoles de resultas de las heridas en campaña, y tambien murió Maxiscatzin de viruelas, pero hecho cristiano por el bautismo que le confirió el P. Juan Diaz, capellan del ejército español: Cortés fué su padrino, y se le puso el nombre de Lorenzo; bautizáronse igualmente el viejo Xicotencatl, y se llamó Vicente; Tlehuejotzin, tomó el nombre de Gonzalo, y Cytlalpopoca el de Bartolomé; fueron asimismo bautizados otros tlaxcaltecas; pero reincidieron en la idolatría por no estar intimamente convencidos de la verdad del cristianismo; esta operacion necesita gracia del Espíritu Santo, tiempo, paz, y buena doctrina acompañada del ejemplo; circunstancias todas que en aquella época turbulenta no era fácil reunir. Gomara dice, que al tiempo de partirse Cortés para México, habia dejado en Tlaxcala veinte mil pesos en oro, mantas y cosas de pluma que no podia llevar consigo. Cortés á su regreso de la espedicion contra Narvaez, mandó que se le remitiese todo con cincuenta españoles y cinco caballos de custodia; Maxiscatzin mandó con este convoy á un hijo suyo, pero todo fué tomado por una partida de mexicanos, y ademas muertos los conductores. Súpose este acontecimiento desgraciado para Cortés, porque segun dice Herrera, se halló escrita esta razon en la corteza de un árbol. . . . Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maiz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados. A pesar de todo esto, Cortés no perdia de vista la conquista de México, y todas sus medidas en Tlaxcala se encaminaban á este fin, lo cual entendido por sus soldados, murmuraron altamente, y pasaron su demasia al extremo de notificarle por medio de un escribano, que por entonces nada hiciese, sino que regresase á Veracruz. Mucho sintió Cortés esta mala disposicion de sus soldados, y como

*la primera vez, les dirigió un razonamiento con que logró calmarlos, y continuó dictando otras providencias oportunas para la empresa, como despues veremos.*

### CAPITULO XXX.

**De la pestilencia de las viruelas y sarampion que vino sobre los indios de esta Nueva-España, despues que los españoles salieron huyendo de México, y de como se comenzó la guerra contra los mexicanos el año de 1520.**

**D**ESPUES de los trabajos ya dichos que acontecieron á los españoles en el año de 1519 entrante el año 1520, comenzó la pestilencia de las viruelas, y sarampion, y vegigas, tan fuertemente, que murió grandísima cantidad de gente en toda esta Nueva-España. Esta pestilencia comenzó en la provincia de Chalco, y duró sesenta dias. Desta pestilencia fueron muertos entre los mexicanos el señor que poco antes habian elegido, que se llama *Cuztlaotzin*, y murieron muchos principales, y muchos soldados viejos y valientes hombres, en quienes ellos tenían muro para en el hecho de la guerra. Durante esta enfermedad, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposados y curados; y habiendo tomado á las y ánimo por razon del socorro que les habia llegado, y de la matanza de gente que hacia la pestilencia, teniendo por cierto que los favorecia Dios, y estando ya confederados con los tlaxcaltecas, y entendiendo en dar orden á todo lo necesario para volver contra los mexicanos, comenzaron á labrar los bergantines de que tenían necesidad para darles guerra por el agua. Cortaron toda la madera que era menester, (que la habia muy buena en aquellos montes) y los maestros que para esto habia entre ellos, dieron traza como se labrasen todas las piezas que eran necesarias para hacer un buen bergantin; y de allí tomaron los indios la traza de la madera que se habia de labrar para diez ó doce

bergantines, y comenzaron todos á entender en este negocio, hasta acabar de tener labradas todas las piezas que eran menester para todos los bergantines, y no los armaron, sino tomaron toda la madera á cuestras, y así los españoles como los indios, hechos un ejército (cosa muy de ver en la cantidad y en los aparejos que llevaban) comenzaron á marchar hasta la ciudad de Texcoco, y pusieron la madera que llevaban á la lengua del agua, y comenzaron á clavar las piezas, las unas con las otras; lo cual hecho, las brearon con su breá segun que se suelen brear los navíos, y otros hacian los otros menesteres necesarios, y metieron en los bergantines la artilleria y armas que suelen usar en las guerras navales. Entre que estas cosas se hacian en los bergantines, el capitán procuró de hacer concierto y amistad con el señor de Texcuco (el cual se llamaba *Tecocoltzi*) para ayudarse dél en la guerra, y no solamente en Texcuco hizo alianza, pero tambien con los de Chalco, y con los chinampanecas y tecpanecas, tomando por medianeros á los texcucanos; y como hubieron aparejado todas las cosas necesarias para acometer la guerra, hicieron capitanes á los que convenia para pelear por el agua, y á los que convenia pelear por tierra. El capitán D. Hernando Cortés tomó la parte donde habia mas peligro y mas afrenta, que fué ponerse en Cuyoacan, y desde allí comenzó á conquistar los mexicanos por tierra, y á Pedro de Alvarado púsole por la parte del Tlaltelulco, para que por allí comenzase á conquistar á los tlaltulcanos, y así comenzaron por el agua y por la tierra á pelear.

### NOTA DEL EDITOR.

*En los fastos de los hombres emprendedores y aventureros, Cortés debe ocupar un lugar muy distinguido; fué hasta cierto período, en que la fortuna voluble le volteó la espalda, como adelante observaremos. La fama de sus hechos y de la riqueza adquirida, voló por todas las islas descubiertas*

y pobladas por los españoles, y atraídos por el interés individual de hacer fortuna, ó de vender á buen precio sus mercaderías, muchos se presentaron en Veracruz con armas y caballos, y engrosaron su fuerza, con la que emprendió nuevas conquistas, contando con el apoyo principal de los tlaxcaltecas; pero antes de hacer uso de ellos, renovaron el juramento de obediencia á la corona de Castilla, y pactaron dividir con él las conquistas que hiciesen. Otorgóse escritura de este convenio, que Cortés hizo ilusoria, pues concluida la expedición de México, y prevalido de la prepotencia que se adquirieron, los españoles, comenzó á sacar gruesos destacamentos de Tlaxcala, que mandó á los puntos mas distantes para colonizar, como en Villalta de Oaxaca, y Tlaxcala del Potosí, Parras &c. Y enflaquecida de esta manera aquella nación, no pudo reclamar el cumplimiento de lo pactado. Representóse aquí el apólogo de la cabra y la zorra en el pozo, ó el de la compañía del león y el cordeiro; digna recompensa de hombres que se prestaron indignamente á ser los instrumentos de una agresión la mas inicua que presenta la historia. Los españoles han tenido buen cuidado de ocultar esta escritura; pero de su otorgamiento dan indicios los escritores de la Conquista, y aun Francisco Gomara. Este monumento lo será de su barbárie; otorgar escritura en lengua española á unos mexicanos (pues tales eran los tlaxcaltecas que hablaban este idioma) unos hombres que no se entendían sino con gran dificultad por medio de sus intérpretes, no sabiendo ni leer ni escribir el castellano los tlaxcaltecas, es un fenómeno de ignorancia y barbárie, reservado á esta raza de conquistadores. Cortés emprendió desde entonces subyugar á los de Quechola, Itzocan, Tepeyac, ó sea Tepeaca, y otros pueblos sujetos á los mexicanos, de quienes estaba quejoso, porque le habían matado á algunos españoles que transitaban de Veracruz á México. En Itzocan (hoy Izucar) puso un rey, segun le pareció, y llenó todos los números de un verdadero Qui-

jote haciendo tuertos y mezclándose en los asuntos domésticos de aquellos infelices, como pudiera hacerlo el mismo Tamérlan: los tlaxcaltecas le acompañaban muy gustosos en todos sus salteos y correrías, porque iban á la partija de lo que robaban: si hemos de creer al cronista Herrera (Decada 2<sup>a</sup>, lib. 10) en la batalla que los españoles y tlaxcaltecas unidos dieron á los de Zacatepeque, amigos de los de Tepeaca, hicieron tal mortandad, que sin contar los asadores de palo, que eran infinitos, hubo cincuenta mil ollas de carne humana que se cenaron los tlaxcaltecas. . . . "Los españoles, (dice) lo pasaron mal tres dias que allí se detuvieron; es regular que así fuese, porque no estaban acostumbrados á comer piernas de indios, eran de gusto algo mas delicado, aunque no mas templados, pues cada castellano come como tres indios." Este solo rasgo de pluma, y de la pluma de tal cronista, modelo de historiadores españoles, que escribía sobre los mas exactos documentos que le ministró su gobierno, consultando siempre á la gloria de España; me dá mas clara idea de lo horroroso de la conquista, que todas las declamaciones vehementes del señor obispo Casas. Asociarse con tales Canibales antropófagos, dividir con ellos las presas. . . . y venir á predicar el evangelio. . . . son cosas que no caben en mi pobre cabeza; solo Cortés y los suyos pudieron avenirlas boníticamente, y formarse su sistema peculiar de religion contra la doctrina misma de su fundador.

Cortés estableció un camino militar de Tlaxcala á Veracruz, y en Tepeaca puso un asiento de españoles que llamó Segura de la Frontera, y estableció una que él llama fortaleza, y está en medio de la plaza del pueblo, y que los poblanos llaman el Rollo de Tepeaca: entrábase por una portezuela ó agujero (que han tapeado) para hacer fuego por arriba; es un torreón que parece sirvió de modelo á un brigadier llamado D. Fernando Millares, gefe expedicionario del año de 1814, que fundó otro igual en el Plan del

Rio, camino de Veracruz, y se rajó casi al concluirse, y el rey gastó en él crecidas sumas (\*).

Mientras tanto, Cortés hacia sus escursiones sobre los pueblos pertenecientes al gobierno de México, en esta capital se tomaban medidas vigorosas para la defensa, superando muchos obstáculos de diversas especies. En la corte habia algunos sospechosos aun de la familia de Moctheuzoma de ser parciales de Cortés, y esto motivó los recelos y desconfianzas precursoras de una guerra civil, y que turban la paz mas que los enemigos exteriores. ¡Ojalá y no habláramos en esta materia amaestreados por la experiencia! Por otra parte, la peste de viruelas que apareció en estas comarcas el mismo dia de la batalla de Otumba, hacia en México horribles estragos, siendo victima de ella el nuevo emperador Cuitlahuatzin: esta fué una fortuna para Cortés, porque este le habria hecho la guerra con mas sabiduria que su sobrino Quauhtimotzin la hizo despues, aunque no se le puede tachar de cobardía. Cortés soñaba con Cuitlahuatzin, y tenia razon, porque él lo destruyó á su salida de México, y no podia olvidar el chasco que se llevó, cuando teniéndolo preso en el palacio de Moctheuzoma, lo puso en libertad para que fuese á mandar que se hiciese mercado en México, y él fué á encargarse del ejército. Suo Cortés su muerte muchos dias despues de ocurrida, y le plació en gran manera: los tlaxcaltecas no podian pasar á México sin que fuesen conocidos y tratados como espías, pagando con la vida, y así nadie queria ir; mas Cortés tuvo alguna luz del estado de la capital, por la corta declaracion que dió ya moribundo un capitan mexicano prisionero en un ataque; esto acaso le hizo activar sus providencias.

(\*) Las tropas de Santa-Anna lo quemaron en 1821 y todavía aparecen sus ruinas.

## CAPITULO XXXI.

De como á la lengua de la agua en Texcuco los españoles pusieron en perfeccion los bergantines, con los cuales conquistaron á los mexicanos, y del desafio para comenzar la guerra, en que D. Hernando Cortés atribuye á los mexicanos la traicion del comienzo de la guerra, y muerte de Moctheuzoma.

EL capitan D. Hernando Cortés habiendo puesto los doce bergantines á gesto con todos sus pertrechos y aparejos, antes que comenzasen la pelea naval, hizo sondar en su presencia toda la laguna que está entre México y Texcuco para saber donde habia bajos, ó donde habia algunos peligros, ó donde habia profundidad de agua bastante, ó algun tropiezo, para que habiendo comenzado la guerra naval, tuviesen sabido lo que habia en todo el trecho por donde habian de navegar; y para hacer este negocio mas convenientemente, mandó llevar todos los bergantines de una parte de la laguna (que está en los términos de México, y se llama *Acachinanco*) y tambien él mismo fué con ellos, y desde allí comenzaron á sondar toda la laguna. Habiendo hecho esta diligencia desde este dicho lugar, el capitan envió á llamar al señor de México y á sus principales sobre su fé de caballero, que no recibirian daño ninguno, que solamente les queria hablar y darles las razones del por qué les queria dar guerra, con que primeramente oyesen la razon muy justa que tenia para hacer este negocio, y para que entendiesen que ellos eran los culpados en este caso, y no los españoles, sin que hubiese dobléz ni ficcion, ni tiranía en lo que él pretendia en hacerles guerra. El señor de México con sus principales y capitanes, vinieron á oír lo que D. Hernando Cortés les queria decir por el agua en canoas, y el capitan se entró en un bergantin, y se apartó de los otros bergantines con algunos capitanes que consigo llevó, y llegándose cerca dellos, comenzóles á hablar con su intérprete y dijo: